

y por Real Academia y con diferencias en el título), como por las notables ausencias de obras muy pertinentes para el presente trabajo.

La bibliografía sobre Antonio Cánovas está anticuada. No se menciona la reciente edición de sus discursos parlamentarios publicada por el Congreso de los Diputados el año 2006, preparada por Sofía Gandarias y con un estudio introductorio de José Luis Comellas, cuya amplia producción sobre el político malagueño parece desconocer. Habla de Cánovas historiador y no cita la obra de Esperanza Yllán (*Cánovas del Castillo entre la historia y la política*). No resulta adecuado que en una obra de este tipo haya una amplia representación de manuales de Historia de España, algunos de ellos joyas historiográficas pero claramente desfasados (Aguado Bleye, de la Cierva, Comellas, García Escudero, Palacio Atard, de la Rosa).

No hay justificación para que esté ausente la tesis de Mercedes Vázquez de Prada (*Negociaciones sobre los Fueros entre Vizcaya y el poder central, 1839-1877*) o la obra de Alexandra Wilhelmsen (*La formación del pensamiento político del Carlismo: 1810-1875*). O que se cite para la Expedición Gómez a Fernando Martínez Lainez y no a Alfonso Bullón de Mendoza.

Sobre el estilo de la obra se podrían hacer varios comentarios, pero me voy a detener en ciertas expresiones inadecuadas en una obra científica como la de calificar a Maroto de hombre «que traicionó a su rey» (p. 21) o citar al Reino Unido como la «pérfida Albión» (p. 22).

La utilización de bibliografía secundaria le lleva a cometer errores como señalar que Espartero sustituyó al Conde de San Luis en 1854 (p. 23), cuando en realidad Isabel II intentó dos soluciones moderadas (Fernando Fernández de Córdoba y el Duque de Rivas), antes de confiar el gobierno al general manchego. O aceptar la versión de García Venero de que el general Eguía realizó un juramento condicionado de la Constitución de 1812 (pp. 97-98), lo que no aparece en el *Diario de Sesiones*. O desconocer los incidentes que tuvieron lugar en Vizcaya con ocasión de la jura de la Constitución en octubre de 1812 (pp. 126-127).

En resumen, una obra de la que se puede prescindir, porque reitera cosas ya archisabidas y no aporta novedades.

*José Ramón Urquijo Goitia*

DÍAZ, Onésimo y DE MEER, Fernando: *Rafael Calvo Serer. La búsqueda de la libertad (1954-1988)*, Rialp, Madrid, 2010, 300 pp. Estudio introductorio de Antonio Fontán.

El libro que nos ocupa trata de un capítulo de historia cultural española: los cincuenta años que van de los años treinta a los ochenta del siglo XX. Su protago-

nista es un profesor universitario que hoy situaríamos en el área de Historia de las Ideas Políticas, aunque entonces se le llamara catedrático de Historia o de Filosofía de la Historia. Es un arco amplio e interesante: desde la época de formación de su protagonista —el joven militante católico valenciano Rafael Calvo Serer (1916-1988)— en los años de la Segunda República española, hasta la de su retiro y fallecimiento, en los años de gobierno socialista, completada la transición a la democracia.

En realidad hay dos libros distintos en esta obra. Un texto breve, claro y denso de Antonio Fontán Pérez (1923-2010) —el estudio introductorio— explica la entera biografía de Rafael Calvo Serer. Tiene el tono del amigo que atiende una deuda de gratitud. Fontán compartió ilusiones, tareas y proyectos con Calvo. Algunas empresas políticas de Fontán llegaron a buen puerto (fue el primer presidente del Senado tras la elecciones de 1977 y ministro de Administración Territorial en el gobierno Suárez en 1979-1980), mientras que a Calvo la vida le trató de otro modo: «A nadie se le han pedido en España tantas explicaciones sobre su evolución ideológica y política desde el decenio de los cuarenta hasta el de los setenta, como a Rafael Calvo Serer» (p. 66), escribe el marqués de Guadalcanal sobre su amigo. Su estudio preliminar es otra explicación de Calvo Serer, póstuma y sentida.

Tras esa clarificadora introducción llega el estudio de Onésimo Díaz y Fernando de Meer, dedicado a los años 1954-1988, cronología justificada por la existencia de otra obra de Díaz que se ocupa de los años anteriores (*Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor*, 2008). Su trabajo tiene un estilo fuertemente descriptivo y contenido, como si quisieran evitar toda narración, todo lo que no sea presentación de los hechos y los textos. La imagen que emerge de estas páginas es un Rafael Calvo prolífico en acción y escritura, inquieto, viajero, combativo y soñador; un hombre muy bien relacionado que estudió y frecuentó a buena parte de los pensadores más destacados de su tiempo en Alemania, Inglaterra, Francia, México y Estados Unidos; un intelectual que trató de crear una masa crítica de pensamiento y divulgación que ayudara a construir una España y un mundo mejor. Porque, además de relaciones intelectuales y académicas, mantuvo otras intensas de carácter político: con el heredero del trono español, don Juan de Borbón, y su entorno, con el general Franco, con el almirante Carrero, con el senador, vicepresidente de EE.UU. y candidato demócrata a la presidencia Hubert Humphrey, con el dirigente comunista español Santiago Carrillo, etc.

En definitiva, estamos ante una aproximación biográfica a un capítulo de historia de la cultura y la política españolas, algo que en sí mismo tiene ya interés por la virtualidad intrínseca a este tipo de enfoque, afortunadamente cada vez más frecuentado por los historiadores españoles.

A mi parecer una de las cosas que más llama la atención en la trayectoria de Calvo Serer es la apertura y extensión de su vida social. Lejos de la imagen que se desprende de algunos estudios de la cultura española durante el franquismo (un

ambiente cerrado y estático, casi de intratumba), es llamativa la extraordinaria capacidad de relación del que era un joven profesor en los años cuarenta. Fruto de esos contactos, cuidadosamente cultivados, fueron el trato con destacados pensadores y en ocasiones la invitación a visitar España o publicar en nuestra lengua que cursó a muchos de ellos: Christopher Dawson, Friederich von Hayeck, Wilhelm Röpke, Josef Pieper, Friederich Heer, etc.

Es notable también el hecho de que estuviera convencido de que España tenía algo importante que aportar en el terreno de las ideas a la evolución de Occidente, y de que ese algo estuviera estrechamente relacionado con la tradición católica del pensamiento español. Esa era la clave de su pensamiento, el eje en torno al que pivotaba su enorme actividad, y también el punto de referencia que permite entender mejor la evolución de su pensamiento y sus actitudes políticas.

En los comienzos de su carrera parece convencido de que la idea de una nueva cristiandad es la única salvación de la cultura occidental, con una visión negativa de la modernidad, a la que culpa de la disolución social y los enfrentamientos que han culminado en las guerras civiles y mundiales. Andando el tiempo su percepción comenzó a entrever los logros aportados por la modernidad, y la imposibilidad de cualquier género de restauración de un pasado de convicciones firmes y unánimes y orden político unívoco. La denuncia de los males contemporáneos continuó, pero la búsqueda de la solución dejó de estar solamente en el terreno de los principios, se hizo más pragmática, en buena medida gracias a la observación de las realidades políticas que iba conociendo. Puede apreciarse bien en esta obra cómo Calvo Serer se fue despegando progresivamente de una visión atenta sobre todo a los principios y las ideas ordenadoras como garantía de un buen orden social y político, para atender a unas formas de hacer que garanticen de la mejor forma posible la libertad de los buenos principios y las buenas ideas. Podríamos hablar del paso de una mentalidad esencialista, de tradición más bien germana, como era la dominante en sus años de formación y en la primera mitad del siglo en la Europa continental, a otra más pragmática, de matriz anglosajona.

No quiere esto decir que Calvo dejara de ser principalmente un teórico, pienso que lo fue siempre, con todo lo positivo y lo negativo que eso llevó consigo, sino que sus teorías políticas cambiaron cuando constató cómo funcionaba el modelo democrático en la práctica, sobre todo en Estados Unidos. Valga como ejemplo de las primeras transformaciones de su idea de cómo debía ser la política el siguiente: «Pensaba que, desde el punto de vista de la organización económica de la sociedad, el futuro estaba en la socialdemocracia. Aceptaba las palabras del sociólogo Ralph Dahrendorf que había afirmado que «existen coincidencias fundamentales entre los intereses del capital y del trabajo y [que] no es muy grande la distancia entre el socialismo atemperado y un conservadurismo con conciencia social» (p. 229). Si tenemos en cuenta que su punto de partida había sido la búsqueda de soluciones que evitaran el socialismo como peligro

—algo por lo demás muy común en los cuarenta, no solo entre los franquistas— se advierte la amplitud del camino recorrido.

Había andado esa distancia a base de conocer la realidad española y también —diría que sobre todo— la extranjera. Del relato de Díaz y de Meer se desprende que el conocimiento de la segunda fue tan intenso, y tan frecuente, que acabó generando un cierto desconocimiento de la primera. Me explico: Rafael Calvo buscó con tanta intensidad nuevas soluciones para España mirando fuera del país, que terminó convirtiéndose en una especie de «exiliado intelectual» dentro de la España franquista que él mismo quería y creía construir. Es un efecto frecuente en los que viven fuera de un ambiente: terminan compitiendo con los que no han salido, que dominan los resortes prácticos de la situación interna y son capaces de bloquear cualquier intento del que viene «de fuera» pretendiendo no sólo explicar cómo son *realmente* las cosas sino gobernándolas para que sean como él dice.

Hubo sucesos especialmente significativos en la vida de Calvo que parecen poner de relieve esta situación. El primero fue la publicación en septiembre de 1953 del artículo «La política interior en la España de Franco» en la revista francesa *Écrits de Paris*. El ensayo era una dura crítica de la política cultural del Ministerio de Educación que se hacía extensiva a todo el gobierno. Calvo sostenía que se equivocaban en su actitud y que habían abandonado toda pretensión de crear algo realmente nuevo con la cultura española. Eso nuevo era lo que él llamaba la *tercera fuerza* política que debía superar el enfrentamiento de izquierda y derecha y superar las contradicciones de la modernidad. El franquismo, según Calvo, llevaba camino de ser un régimen reaccionario y pragmático que pactaba con elementos de izquierda en lo cultural para sobrevivir sin grandes sobresaltos. Otro apañío, ningún cambio serio ni hondo. La reacción de los elementos oficiales fue dura: Calvo perdió la dirección de la revista *Arbor* y sus puestos en el CSIC, y aunque conservó su cátedra, se le aconsejó que permaneciera en el extranjero el mayor tiempo posible. Había calculado mal su capacidad de denuncia y de rectificación: no consiguió nada que no fueran daños propios y sus adversarios internos parecieron fortalecerse.

El siguiente episodio, en los años sesenta, tuvo por protagonista a un Calvo Serer diferente, convencido ya de que la solución para España pasaba por la democratización, si bien el camino hacia ella que imaginaba a veces hoy nos parecería bien pintoresco. A comienzos de los sesenta el catedrático levantino estaba al final de un viaje intelectual que había durado veinte años, en el que había estudiado de forma comparada cómo habían resuelto otras naciones los problemas que tenía planteados España. Se había convencido de que la solución pasaba por una democracia pluripartidista. Pensaba que había que prepararse para el primer gobierno después de Franco. Ese primer gobierno debería ser promovido por un partido mayoritario formado desde el poder, con el siguiente programa: independencia respecto a Franco, pero evitando la ruptura con las leyes fundamentales, con el Ejército y con las fuerzas sociales que habían servido de apoyo al régimen

(p. 161). En la teoría estaba acertado. Pero cuando se le presentó la ocasión de empujar en la práctica hacia ese camino, lo hizo de forma que acabó cosechando un sonoro fracaso. Fue la historia de la suspensión y el cierre del diario *Madrid*, dirigido por Antonio Fontán, que se había convertido para muchos en punto de referencia del aperturismo democrático en la segunda mitad de los sesenta.

Los autores resumen así aquella etapa: «Calvo Serer era un profesor universitario, partidario de la legitimidad de don Juan de Borbón, que asistido por algunos amigos y colegas y con su buen hacer profesional había procurado abrir un camino de reforma a partir de una pedagogía de la opinión pública» (pp. 215-216). Pero la publicación en el *Madrid* el 30 de mayo de 1968 del artículo «Retirarse a tiempo. No al general De Gaulle», que todo el mundo interpretó como una invitación a la retirada de Franco, fue la gota que colmó el vaso y terminó con su experimento de pedagogía de la opinión.

El caso es útil, también, para entender las limitaciones e incoherencia del uso de la categoría «miembro del Opus Dei» como etiqueta política. En efecto, en los sucesos del cierre del Madrid intervienen varios hombres del Opus Dei situados en puestos muy distintos, con opiniones diferentes y a veces enfrentadas hasta ser incompatibles: ministros del gobierno como López Rodó, copropietarios del *Madrid* como Luis Valls Taberner que disintía de la política editorial de Calvo, Antonio Fontán, que aquí coincidía con Calvo si no en todo en casi todo, etc. Es imposible, pues, que la denominación «del Opus Dei» diga algo coherente hablando de vida política y cultural en ese momento.

El caso es que, otra vez, Calvo vio naufragar su proyecto de influir en los cambios en España. Como le ocurrió de nuevo cuando, en vísperas ya de la Transición, se integró en la Junta Democrática junto a Santiago Carrillo en 1974. Para entonces, como consecuencia de sus experiencias anteriores, Calvo era partidario de la ruptura con el régimen, no de la salida de él mediante reformas. De nuevo, en esta aventura, su proyecto chocó con la situación real de España, inclinada de forma abrumadora hacia lo contrario: por la reforma y no por la ruptura. Cuando en 1975 la Junta se integró en la Plataforma de Convergencia Democrática, junto a los socialistas de Felipe González y demócratas cristianos de Ruiz-Giménez, su programa se moderó, y la capacidad de influencia efectiva de Calvo se demostró escasa.

Todavía faltaban etapas que recorrer al valenciano: debió renunciar a su proyecto de que el príncipe Juan Carlos renunciara a heredar a Franco, que reconociera los derechos de su padre y aceptara la celebración de un referéndum sobre el régimen político. Todo eso ponía de manifiesto, otra vez, lo lejos que estaba Calvo de entender la realidad política española del momento, por más que tuviera claro qué problemas había que resolver.

Años más tarde esto volvía a plantearse en el nuevo contexto español. Con los socialistas de Felipe González en el gobierno, en 1985 Calvo publicó un artículo titulado «El PSOE ha dejado de ser una esperanza». Denunciaba lo que consideraba una degradación de la vida pública y un falso radicalismo que en-

mascaraba la falta de un programa de auténtico progreso. Según él, el abandono de la primacía de las ideas había dejado paso al vacío intelectual, el nihilismo y la indiferencia. En cuanto a la solución, seguía pensando que debía buscarse en las raíces del pensamiento cristiano y en su revitalización, pero con la clara percepción de estar al final de un tiempo histórico (pp. 264-265).

Este rápido repaso de algunos sucesos y escritos evocados por esta obra puede ayudar a comprender su interés. Es una muy buena guía para la comprensión de los cambios operados en el pensamiento de la derecha española y de los intelectuales españoles durante el franquismo: los franquistas cambiaron, y mucho. Es, también, una obra que enseña a comprender la riqueza y vitalidad cultural que caracterizó esta etapa, al margen de cuáles fueran los aciertos o errores de sus protagonistas, por otra parte tan difíciles de juzgar. Ilustra espléndidamente la importancia de la apertura a un nuevo mundo de pensamiento y acción política, el de la democracia americana especialmente, como motor del cambio que vivió España en aquellos años. Y demuestra, una vez más, la importancia del análisis biográfico para la correcta comprensión de una época, también cuando hablamos de historia de las ideas.

*Pablo Pérez López.*

FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (dirs.): *Diccionario político y social del siglo xx español*, Alianza, Madrid, 2008, 1.395 pp.

La historia de los conceptos no es una planta nueva en la historiografía española ya que desde la década de los setenta del siglo pasado algunos historiadores y filósofos se acercaron a ella para incorporar el mundo académico español a unos planteamientos que desde Alemania, primero, y de Inglaterra y los Estados Unidos, más tarde, estaban dando un nuevo giro a la historia social con un impacto teórico y práctico notables. Durante tres décadas la historia de los conceptos, bien asentada en el mundo académico germánico y anglosajón, constituyó una línea fina que, sin embargo, apenas se extendió en una historiografía española sometida aún a la tiranía de la confrontación entre positivistas, marxistas y analistas y en un mundo académico que empezaba a dar pasos rápidos hacia su completa renovación. Es desde la década de fin de siglo que el mundo universitario español se abre a los campos de la nueva historia cultural facilitando la apertura a la historia conceptual, encontrando en un no muy amplio núcleo de historiadores, juristas, filósofos y científicos políticos un territorio adecuado a su implantación y desarrollo.

Esta propuesta, en sí misma no muy novedosa ya que tiene tras de sí medio siglo de desarrollo, se construye en un momento en que la historia conceptual